

McCausland Sojo, Ernesto, *Febrero escarlata*, Bogotá: Seix-Barral, 2005, 261 págs.

Margarita Isaza Velásquez
Universidad de Antioquia

El barranquillero Ernesto McCausland es otro periodista que traspasa las fronteras del interés por la realidad para convertirse en novelista. Si bien como reportero y cronista sus trabajos han sido reconocidos por su forma particular de describir ambientes y situaciones de la ciudad y del campo, esta característica no ha escapado a otros ámbitos de su trabajo: sus películas *El último carnaval* (1998), *Siniestro* (2000) y *Champeta Paradise* (2002) son capaces de recrear la forma de ser de la gente del Caribe colombiano y las maneras que tienen de asumir los sucesos que viven. Esto significa, entonces, que McCausland es un narrador de la vida cotidiana, ya sea de hechos verificables, como sucede con el periodismo, o de mezclas de ficción y realidad, como es el caso de su cine y de su primera novela, *Febrero escarlata*, publicada por Seix Barral, en 2005.

En esta novela, los protagonistas son un investigador (periodista, como McCausland), unos criminales (uxoricidas, casi todos), una clase poderosa y, sobre todo, una ciudad portuaria que claramente hace alegoría a Barranquilla, por el barrio Prado que describe varias veces, por la brisa del Magdalena en su llegada al mar y porque es esta la ciudad de origen y formación profesional del mismo Ernesto McCausland. El pretexto para juntarlos a todos en un mismo escenario es una ola de crímenes, y

el *leitmotiv* es la convergencia de lo que se abomina y se disfruta al mismo tiempo como una argamasa de corrupción y humanidad.

San Nicolás de Los Caños es en un febrero de precarnaval el epicentro de varios crímenes pasionales que satisfacen la curiosidad y el morbo de sus habitantes. Allí, Capeto Cervantes, el cronista judicial del periódico sensacionalista *El Notición*, hace las veces de investigador y relator de esos hechos de sangre que los lectores esperan cada día. Al principio, es el crimen de un marino que mata a su capitán porque quiere tener relaciones sexuales con su novia; luego la historia de una abogada que por no dedicarse por entero a su hogar muere a manos de su esposo; también, la muerte de una pareja por un ex marido celoso; el homicidio de una mujer de alta sociedad por cuenta de su esposo homosexual que aspira a quedarse con la fortuna de ella; el asesinato a batazos de una mujer que fue hallada desnuda por su compañero después de tener relaciones sexuales con un hombre distinto a él; el balazo que un hombre le da a su ex suegra porque ésta no quiere decirle en dónde está su hija; la muerte de un peluquero travesti con sus tijeras de trabajo; y, finalmente, la historia encubierta de una esposa que mata a la amante de su marido, un prestante congresista y hombre de alta alcurnia. En total, son ocho crímenes los que Capeto Cervantes reporta durante febrero, en un mes en que debe pasar por encima de la autoridad y a veces descubrir verdades que ni la Policía ni la alta sociedad del puerto quieren enfrentar.

En este panorama de ciudad sangrienta, el protagonista parece el hilo que divide el yin del yang. No es propiamente el héroe inmaculado que busca la verdad por el simple altruismo de su profesión, pues para hacerlo recurre a algunas formas deshonestas como meterse sin permiso a las casas de sus investigados o encubrir sin ningún reparo las actuaciones extralegales de los policías del puerto.

Pero Capeto Cervantes tampoco es equiparable a los criminales que juzga en sus crónicas, pues lo impulsan a completar su trabajo los rostros desvalidos de las víctimas que visita en la morgue o la simple petición de alguien que quiere saber la verdad.

Como protagonista, el periodista de *Febrero escarlata* es un buen antihéroe. Es a veces perezoso, también vicioso, mujeriego y poco respetuoso de las jerarquías. En la redacción, le gusta saciar el morbo de sus lectores, así como no le importa que su trabajo sea, a largo plazo, el relato histórico de la cotidianidad.

En Capeto Cervantes hay un reportero nato que hace su trabajo con verdadera pasión, pero no hay un profesional dedicado que pueda llamarse ético o responsable de lo que publica. También puede decirse que a los ojos de este periodista de crónica roja, la muerte es una excusa para desahogar sus sentimientos reprimidos frente a una novia que lo abandonó y también un motivo para desquitarse de los ricos y dirigentes locales que, en vez de ser dechados de virtudes, terminan siendo los protagonistas de esas páginas que hacen apología del dolor y, al mismo tiempo, son una lección de moralismo para la sociedad.

Ahí está, entonces, la denuncia de un pueblo corrupto que se escandaliza con la muerte pero se satisface agotando a toda prisa los ejemplares del último notición; “*El Notición* había vendido en cuatro días de febrero más ejemplares que en los quince últimos días del mes anterior, un enero en que la crónica roja había estado circunscrita a rutinarios sucesos de vecindario y a los cadáveres que solían aparecer en los botaderos habituales” (43).

En esta novela de Ernesto McCausland, lo cómico y lo trágico se hacen verosímiles cuando se observan como partes de un todo que sucede o puede suceder en una ciudad de espíritu caribeño muy al estilo de Macondo. San Nicolás de Los Caños no se escapa de esta mezcla de patetismo, en donde lo triste causa risa y crea alguna paradoja. No en vano, aparecen otros personajes que a primera vista están desubicados en sus papeles, pero que, a medida que corren las páginas, tienen plena razón de existir y estar en sus lugares. Molongo, el fotógrafo de *El Notición*, es un ejemplo de este caso: él es el mejor amigo de Capeto Cervantes y por eso lo acompaña a todas partes, a los lugares de los crímenes y a los burdeles para celebrar el muerto del día. La característica principal de Molongo no es, sin embargo, ser el asistente-confidente de Cervantes, sino padecer de síndrome de Down y tomar las mejores fotos del diario sensacionalista. Es risible, entonces, comprender la personalidad de Molongo, a quien la inocencia de su retardo mental no le impide ser capaz de acomodar los cadáveres, así tenga que juntarles a veces la cabeza con el tronco, para hacer la fotografía perfecta.

Milagros, la jefa de redacción, es también un personaje que viene de otras esferas. Es rica, bonita y está casada con el dueño del diario; como periodista, estudió en las mejores academias del mundo y habla con propiedad de la ética periodística y de la responsabilidad de un medio de comunicación. Pero ella, en vez de hacer parte de un periódico importante, es la encargada de que todo salga bien en un medio que la gente de su clase social repudia y menosprecia. Es paradójico su lugar en la novela, pues termina reconociendo el trabajo de Cervantes como una forma limpia de hallar la verdad, aunque en ese camino se salpiquen de sangre las buenas costumbres y los buenos señores.

Así, cada personaje se siente verdaderamente humano en la medida en que sus errores y aciertos pueden confundirse entre sí, en medio de un precarnaval que rinde culto al demonio —que es la muerte, con diversión y desafuero— y que a su vez es la preparación para la inversión de las clases sociales, en que los ricos se preparan para cargar estatuas y servir a los pobres, y los pobres se enaltecen con disfraces y se hacen los reyes de la ciudad de fiesta.

Quedan entonces, en *Febrero escarlata*, las caras del bien y el mal representadas por los criminales y sus víctimas, por los modos de contar el dolor y la corrupción, por quienes se exaltan con el morbo y por todo aquello que subyace a las emociones humanas. Es esta novela un relato de lo excepcionalmente cotidiano, de las sicolo-

gías que reaccionan frente a los crímenes, de los escudos que usan unos y otros para protegerse de las convenciones sociales y de las pruebas morales que enfrentan las sociedades posmodernas.

Es así como la visión de Capeto Cervantes, en medio de los efectos del licor y la droga, sobre su propia ciudad, es un grito ahogado que denuncia la corrupción y un *mea culpa* por no poder escapar de ella.

Capeto Cervantes contempló a La Bruja [el comandante de la Policía] en medio de la algarabía del abarrotado burdel y no supo si reírse o sentir lástima. Lo vio como actor de reparto de una comedia trágica, la obra de un genio de la dramaturgia que lograba con éxito una cruel caricatura del sistema: comandantes pintorescos sin formación judicial; agentes secretos que eran más populares que la reina del carnaval; conductores de funerarias pobres que entraban en rebatiña de cadáveres para cobrarle el entierro a la alcaldía; técnicos forenses que se ganaban las extras dañando adrede muestras que de todos modos se iban a dañar; dependientes de la morgue que se les trepaban a las muertas; jueces instructores que sabían que cualquiera de esos crimencillos casuales podía reportarle un sobre lleno de dinero en efectivo; jueces de conocimiento que sepultaban los casos en anaqueles atiborrados de amarillentos expedientes, y él, la prensa, ¿qué? Desde esa descarnada perspectiva, él no era sino el estafeta de aquel engranaje funesto, el mismo que prestaba su firma para que en el diario del sábado apareciera al final de la noticia que la Policía estaba investigando y ‘exhaustivamente’, mientras la tal Policía estaba resumida en aquel borrachín de burdel que en su delirio etílico veía narcotraficantes donde había crímenes pasionales, como si viera camellos corriendo en una carrera de galgos (62).